

de nosotros, porque en él mismo vivimos, nos movemos y somos. No penseis que la Divinidad tiene semejanza alguna al oro, á la plata, ó á piedra labrada por arte ó industria de hombre. Dios es un Espíritu puro, que solo habita en los excelsos cielos y no en casas ni en estatuas hechas por el hombre. Este Dios ha disimulado hasta aquí los tiempos de ignorancia, y ahora llama á todos los hombres á penitencia, porque ya está establecido el dia en el cual ha de juzgar al mundo segun justicia, por aquel varon que habia determinado, resucitándole de entre los muertos. Cuando aquel materialista auditorio oyó algo de resurreccion de muertos, prorumpiéron en carcajadas de risa; los mas graves dijéron: te oirémos otra vez sobre esto, y se disolvió la asamblea. Sin embargo, la semilla de la doctrina cristiana no fué del todo perdida en el Areópago, porque Dionisio, el célebre Areópagita, se convirtió, se agregó á los discípulos de Cristo, defendió el Evangelio con sus escritos y confirmó su fe con el martirio.

De Aténas pasó Pablo á Corinto, y despues á Efeso. Aquí encontró Pablo algunos discípulos de quienes no tenia noticia alguna; el Apóstol les preguntó, si cuando abrazáron la fe recibieron el Espíritu Santo, á lo que respondiéron que ni aun habian oido si habia Espíritu Santo, y que solo habian sido bautizados en el bautismo de Juan. El Apóstol les esplicó entonces la naturaleza del bautismo de Juan, y la necesidad de creer en aquel que habia de venir despues de él, esto es, en Jesus. Ellos creyéron, fuéron bautizados

en el nombre de Jesucristo, el Apóstol les puso las manos, y vino sobre ellos el Espíritu Santo, con cuya virtud hablaban lenguas y profetizaban. La palabra del Evangelio se estendia rápidamente no solo en Efeso, mas en toda el Asia, aunque fué algo turbada la predicacion por un alboroto muy serio, producido del interes de algunos artesanos. Los Efesios eran muy notorios en el Asia por su grande supersticion á la diosa Diana, cuyo templo era la admiracion de todas las provincias vecinas. Demetrio, platero de grande fama, empleaba muchos artesanos en fabricar pequeños modelos del templo é ídolo de esta diosa favorita, con cuya venta tenia una inmensa ganancia; y viendo ahora su comercio arruinado, convocó á todos los que se ocupaban en este ramo del arte, y los excitó á un alboroto que llenó toda la ciudad de confusion; maltratáron á algunos discípulos compañeros de Pablo, y lleváron á otros ante el Alcalde. Este, siendo hombre prudente, reprendió al pueblo por aquella sedicion y les dijo: que si Demetrio y sus oficiales tenian alguna queja contra algunos, que los acusaran en la Audiencia, y que los Procónsules harian justicia; de este modo apaciguó el tumulto, y libró del peligro á los discípulos del Señor.

Pablo no descansaba ni cesaba de anunciar á Cristo crucificado por todas las provincias de Grecia y Asia menor: de una isla pasaba á otra, arrostraba peligros por tierra y por mar, y acudia á todas partes segun lo exigian las necesidades de las diferentes iglesias que habia formado con su zelo. Embebida su alma en la

gloria de Dios, ocupado todo su pensamiento en la salvacion de las almas, continuaba el santo Apóstol la carrera de su predicacion, animado y contento al ver aumentarse con rapidez el número de los fieles. El don de milagros era tan admirable en él, como la fuerza de su elocuencia y la confianza en su Dios. Despues de haber dado las instrucciones necesarias para el régimen y buen gobierno de las iglesias de Asia, este Apóstol de los Gentiles volvió á Jerusalem para sufrir las persecuciones de los obstinados Judíos.

*Prision y padecimientos de Pablo.*

Cuando Pablo volvía á Jerusalem, paró por algunos dias en Cesarea, y allí fué visitado por un Profeta llamado Agabo. Este entró en el cuarto donde estaba el Apóstol con otros discípulos; y tomando el ceñidor de Pablo, se ató los pies y las manos con él, diciendo: Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los Judíos en Jerusalem al varon cuyo es este cingulo, y le entregarán en manos de los Gentiles. Los discípulos rogaban á Pablo que no subiera á Jerusalem, mas el Apóstol con su acostumbrada entereza les dijo: ¿Porqué llorais? yo estoy resuelto no solo á ser atado, mas tambien á morir en Jerusalem por el nombre de Jesucristo. Pablo pues subió á Jerusalem y fué á predicar al templo; los Sacerdotes incitaron al populacho, clase siempre dispuesta al alboroto, y le sacaron del templo arrastrando con ánimo de matarle. El tumulto fué tan grande, que el General de la guarnicion vino con

un cuerpo de tropas á sosegar al pueblo; y viendo que Pablo era el objeto de la irritacion de la plebe, se llegó á él y le mandó atar con correas. Pablo suplicó al General le permitiese hablar al pueblo; entónces le hizo un discurso dándoles relacion de su nacimiento, educacion, vida, conversion y mision para predicar á Jesucristo á los Gentiles. Al oír los Judíos este último punto del discurso, pidieron la muerte del Orador; nada podia contener la furia de la plebe sino la fuerza, y el Comandante juzgó necesario mandar á Pablo preso á la fortaleza con órden de que le azotarán. El mandato iba ya á ponerse en ejecucion; ya habian traído las correas para atar las manos al Apóstol y los látigos para el tormento, cuando Pablo dijo al capitan encargado de la órden: ¿Os es lícito á vosotros azotar á un hombre romano, y sin ser condenado? El Oficial mandó entónces suspender la ejecucion, fué á ver al Gefe, y le dijo: Señor, mira lo que mandas porque este nombre es ciudadano romano. El privilegio de este hombre era tan respetado, que no se podia violar, ni en parte mas remota del imperio, con impunidad. El General fué al instante á la fortaleza y preguntó á Pablo si era Romano, este le dijo: Sí, soy. Mucho dinero, dijo el General, me costó á mí el privilegio de ciudadano. Pues yo lo soy de nacimiento, replicó Pablo. El General le mandó soltar, á condicion de que compareciera en el dia siguiente al Consejo de los Sacerdotes y magistrados de los Judíos para oír su acusacion.

A la hora señalada se presentó Pablo al Sinedrío,

que se componia de dos diferentes sectas, de Saduceos y Fariseos, tan violentos en sus disputas como opuestos en la opinion sobre la resurreccion. El Apóstol se aprovechó diestramente de la oportunidad para dividir á sus inicuos jueces. Hermanos, dijo él, yo soy Fariseo, hijo de Fariseos, y me han traído aquí para juzgarme, porque vivo en la esperanza de la resurreccion de los muertos. Este punto movió la controversia é inflamó los partidos; los Fariseos decian: No hallamos culpa alguna en este hombre; los Saduceos al contrario gritaban: Este es un alborotador digno de muerte. Acalorados con la disputa se ultrajaban unos á otros, los insultos pasaron á hostilidad manifiesta, la plebe tomó parte en la contienda, y toda la ciudad se conmovió. El General, temiendo que despedazasen á Pablo, llamó la tropa para que le llevasen escoltado al castillo, único modo de librarle de la furia del pueblo, pero el odio de los Judíos contra el Apóstol era implacable: cuarenta de los mas fieros fanáticos se ligaron con juramento, que no comerian ni beberian hasta que le matasen. Cuando el Comandante supo esta conspiracion, llamó á dos Capitanes, y les dió orden de aprontar docientos soldados, docientos alabarderos y setenta de caballería para defender á Pablo de los amotinados, y conducirlo á Cesarea adonde estaba el Gobernador General Feliz, con los documentos necesarios para que se informase aquel Gefe de todo lo ocurrido. El Príncipe de los Sacerdotes fué despues á Cesarea para acusar á Pablo delante del Gobernador; el Apóstol se defendió elocuentemente, pero el avaro

Feliz, esperando sacar dinero por la libertad del Apóstol, le tuvo preso por dos años, hasta que Porcio Festo le sucedió en el mando.

Los vengativos Judíos presentaron una peticion al nuevo Gobernador para que mandase á Pablo de Cesarea á Jerusalem, poniendo acechanzas para asesinarle en el camino; pero Festo no consintió, y mandó que vinieran á Cesarea para acusarle. Los Judíos se presentaron acusándole de graves delitos que no podian probar, y Pablo se defendió diciendo solamente: En nada he pecado contra la Ley de Moises, ni contra el templo, ni contra el César. Festo quiso ahora congraciarse con los Sacerdotes y magistrados y mandó llevarle á Jerusalem, lo cual sabido por Pablo, dijo al Gobernador: Yo apelo al César, y solo en el tribunal del César he de ser juzgado. No estando en poder de Festo desechar esta apelacion, detuvo al Apóstol para enviarle á la corte de Roma.

Pocos dias despues vino el Rey Agripa á Cesarea para saludar á Festo, y habiendo oido hablar de Pablo mostró deseo de verle: Festo quiso complacer al Rey, y mandó abrir el tribunal al dia siguiente. El venerable preso fué traído al Pretorio del Gobernador romano, donde estaban el Rey Agripa, su muger Berenice, los edecanes del Rey y del Gobernador, y las personas mas distinguidas del ejército y de la ciudad, todos esperando para oir al Apóstol. Agripa dijo: Pablo, te se permite hablar en tu defensa. El Apóstol estendió la mano, y principió así: Debiendo yo hacer hoy mi defensa en tu presencia, o Rey Agripa, de todo cuan-

to me acusan los Judíos, me tengo por dichoso. Por cuanto tú sabes todas las cosas, las costumbres y cuestiones que hay entre los Judíos : por lo cual te suplico me oigas con paciencia. Todos los Judíos saben la vida que hice en Jerusalem desde el principio de mi juventud, y saben que viví Fariseo segun la secta mas segura de nuestra religion. Y ahora soy acusado en juicio por esperar la promesa que fué hecha por Dios á nuestros padres, y que nuestras doce tribus, sirviendo á Dios de noche y de dia, esperan ver cumplida. Por esta esperanza, o Rey, soy acusado de los Judíos. ¿Pues qué, se tiene por cosa increíble entre vosotros, que Dios resucite los muertos? Yo en verdad habia pensado, que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesus nazareno, y así lo hice en Jerusalem. Yo encerré en cárceles á muchos Santos, habiendo recibido poder de los Príncipes de los Sacerdotes, y cuando los hacian morir, consentí tambien en ello. Muchas veces castigándolos por las sinagogas, los forzaba á blasfemar, y enfureciéndome mas y mas contra ellos, los perseguia hasta en las ciudades estrañas. Pero, o Rey, yendo un dia hácia Damasco con poder y comision de los Pontífices, en la mitad del dia ví en el camino una lumbre del cielo, que sobrepujaba al resplandor del Sol, la cual me rodeó á mí y á los que iban conmigo. Todos nosotros caimos en tierra, y yo oí una voz que me decia en lengua hebrea : Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues? Dura cosa te es cocear contra el aguijon. ¿Quién eres, Señor? dije yo; y el Señor me dijo : Yo soy Jesus, á

quien tú persigues. Mas levántate, yo me he aparecido á tí, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de las que yo te mostraré en mis apariciones. Yo te libraré del pueblo y de los Gentiles, á los cuales yo te envío ahora para que les abras los ojos, y se conviertan de las tinieblas á la luz, y del poder de Satanás á Dios; para que reciban perdon de sus pecados, y suerte entre los Santos por la fe que es en mí. Por lo cual, o Rey Agripa, no fui desobediente á la vision celestial, sino que prediqué primeramente á los de Damasco y despues en Jerusalem, por toda la tierra de Judea y á los Gentiles, que hiciesen penitencia y se convirtiesen á Dios. Por esta causa, estando yo en el templo, me prendieron los Judíos y me quisieron matar; mas asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el dia de hoy, dando testimonio de ello á chicos y á grandes, no diciendo otras cosas fuera de aquellas, que Moises y los Profetas dijeron habian de acontecer; que el Cristo habia de padecer, y que habia de ser el primero de la resurreccion de los muertos para anunciar la luz al pueblo y á las gentes.

Cansado el Gobernador Festo de oír un discurso sobre un asunto que no entendia, dijo en alta voz : Pablo, el mucho saber te ha vuelto loco. No estoy yo loco, Optimo Festo, respondió el Apóstol, mas digo palabras de verdad y de cordura. De estas cosas tiene conocimiento el Rey, en cuya presencia hablo con toda libertad; pues creo que nada de ello se le encubre, no habiendo sido hechas estas cosas en un rincón.

¿ Crees, o Rey Agripa, á los Profetas? Yo sé, que les crees. Agripa dijo entónces : Por poco me persuades á hacerme Cristiano. Pluguiése á Dios, exclamó Pablo, que por poco y por mucho, no tan solamente tú, mas tambien todos cuantos me oyen, fuéteis hoy hechos tales cual yo soy, á excepcion de estas prisiones. El Rey Agripa así como el Gobernador Festo quedaron tan convencidos de la inocencia del Apóstol, que declararon podia dársele libertad, si no hubiera apelado al César.

Festo determinó enviar á Pablo con otros presos á Roma, y todos fuéron embarcados en un navío, bajo el cuidado de un Capitan de la cohorte Augusta, llamado Julio. Este oficial trataba al Apóstol con mucha humanidad y atencion durante un largo y peligroso viage, que terminó en un completo naufragio en la costa de la Isla de Malta; pero se libraron todas las docientas setenta y seis personas que iban á bordo, por la humanidad y acertadas disposiciones del capitan Julio. Los isleños acogieron con mucha humanidad á los náufragos, encendieron una grande hoguera para que se enjugasen y calentaran, y cuando fué menester echar mas leña, Pablo cogió una porcion de sarmientos para echarlos al fuego. Una víbora que estaba entre aquellos vástagos secos, agitada con el calor, se le enredó en la mano; el Apóstol la sacudió, y el venenoso animal cayó en el fuego sin haberle hecho mal alguno; cosa que admiró tanto los isleños que reconocian en el Apóstol virtud divina, le traian enfermos incurables, le llamaban para visitar á

otros que no podian remover; y á cuantos enfermos vió, tantos quedáron sanos. Despues de tres meses del naufragio arribó allí un navío de Alejandria que los llevó á Siracusa, y costeano llegaron finalmente á Roma, adonde permitió el gobierno á Pablo vivir en una casa particular que el Santo habia alquilado, con solo un soldado de custodia. Los discípulos, y todos los que le habian conocido en Jerusalem y otras partes salieron á recibirle, con cuya vista se alegró y alentó mucho el santo Apóstol. Por dos años continuó en este estado de arresto, sin cesar de predicar con toda libertad, y enseñando la doctrina de Jesucristo á todos los que venian á verle. Puesto Pablo en libertad, por no haberse podido probar contra él violacion alguna contra las leyes romanas, partió con su discípulo Timoteo á Creta, adonde señaló á Tito para el gobierno de aquella iglesia, y de allí fué á Judea. Despues de haber visitado á los Cristianos de Jerusalem, pasó al Asia, dejó á Timoteo en el gobierno de la iglesia de Efeso, y fué luego á la ciudad de Filipos en Macedonia adonde permaneció largo tiempo. De Filipos pasó el Apóstol á Nicópolis en Epiro, continuó predicando allí todo el invierno, y en la primavera fué á Corinto por la tercera vez. Luego se embarcó para Efeso, estuvo algun tiempo con Timoteo y procedió á Mileto; aquí se detuvo el Apóstol á causa de la enfermedad de su discípulo y compañero Trofimo, pero como tardase mucho en convalecer, le dejó y fué solo á Troas. En esta ciudad habia un discípulo llamado

Carpo quien hospedó al Apóstol con mucho obsequio; aquí conoció el Santo en su Espíritu que se iba acercando el término de su carrera apostólica, y despidiéndose de los fieles partió para Roma. Pablo llegó á Roma por esta segunda vez, en el año duodécimo del reinado de Neron cuando este cruel perseguidor estaba en Grecia. El Apóstol con mas zelo que nunca instruía á los Judíos en sus sinagogas, y á los Gentiles en las plazas mas públicas de aquella capital: hasta que la malicia de los enemigos de Cristo y de su Ley prevaleció con los magistrados y le pusieron en prision. Neron habia dejado en el gobierno de Roma á Helio Cesariano, cuya crueldad excedia aun á la de su amo mismo: este monstruo, sin causa ni proceso, mandó degollar á Pablo en el año 67. Así recibió el santo Apóstol la corona del martirio, despues de haber predicado á Cristo con el mayor zelo y elocuencia en casi todo el mundo entónces conocido.

---

## LIBRO V.

---

### LAS EPISTOLAS DE LOS APOSTOLES.

Los Apóstoles escribiéron varias epístolas á diferentes personas, y á diferentes iglesias donde habian predicado el santo Evangelio, para mantener á los fie-

les firmes en la fe, no siendo posible que estuviesen presentes en tantos y tan distantes lugares. Algunas de estas epístolas se titulan católicas ó generales: porque fuéron dirigidas á todos los Judíos convertidos y dispersos por muchos países: tales son la de Santiago, las de San Pedro, la I.<sup>a</sup> de San Juan, y la de San Judas. Otras fuéron dirigidas á una ú otra persona, ó alguna congregacion en particular sobre asuntos peculiares á alguna iglesia, como las de San Pablo. El objeto primario de las epístolas era instruir, para verificar la recién plantada fe, que como árbol nuevo todavía no estaba asegurada con firmes raices. Otro objeto de las epístolas particulares era el de remover las contenciones y errores que causaban diferencias y divisiones entre los miembros de un misma iglesia. La mayor y mas seria division que se menciona en los hechos de los Apóstoles fué aquella entre los Judíos y Gentiles: preocupados los primeros con las nociones de su educacion, querian imponer sobre los otros la dura necesidad de hacerse Judíos ántes que se hiciesen Cristianos. El Concilio general de los Apóstoles declaró á los Gentiles libres de tal obligacion, y toda la Iglesia se conformó con este primer canon del Cristianismo. El estilo de las epístolas de San Pablo es algunas veces argumentativo y otras exhortatorio; sus amonestaciones son muy liberales, muy sinceras y claras en extremo; pero en cuanto á los argumentos, el Santo Apóstol, en la plenitud de su ciencia, habla frecuentemente con tanta profundidad, que las razones mas claras para él, son muy oscuras para